

AL VALOR CIVICO

No se atrevía Bruno Celesia a llamar tigres, hienas, lobos, serpientes, gorilas o conejos, a los hombres, por miedo a inferir una injuria inmerecida a aquellos animales, que después de todo actúan obedientes a su propia naturaleza. En cambio el hombre... ¡el hombre, no, el hombre es un falso! Así es, que aplicas a un hombre uno de esos calificativos para escarnecerle, y ofendes a un inocente animalillo.

—¡Demasiado sé yo lo que llevo en las entrañas!—decía frunciendo las cejas y poniendo la mano sobre el vientre.

—¿Un hijo?

—¡El infierno, canalla!

Y, palabra de honor: hubiese querido tener

un volcán en vez de boca, el mismísimo cráter del Etna, si hubiera sido posible, para vomitar sobre la mentirosa humanidad el fuego que le abrasaba.

Sin embargo, al presenciar aquel día en la plaza del Ayuntamiento la solemne distribución de premios al valor cívico, Bruno Celesia reconocía, sinceramente, la significación moral del acto.

Aunque el alcalde fuese un gran trapisondista, no podía negarse que era un orador nato. Y muchas veces, durante el magnífico discurso en que exaltaba las nativas virtudes de las gentes sicilianas, recordando los hechos heroicos ejecutados, Bruno Celesia había sentido por la espalda como una corriente eléctrica. Llevábase a la boca sus dedos inquietos, y mordisqueaba los pelos de su bigote o la áspera punta de su barba encrespada. Pero, rápidamente, pasaba después una mano por el faldón de su levita, lustrosa y verduzca. ¿Por qué este gesto? ¡Pues porque la humanidad es una puerca, y está formada de hijos de perra! ¡Eso, eso, que conste! Desde hacía algunos días se había puesto en moda pegar con alfileres a la espalda de las gentes un papel con una fea inscripcón o con unos garabatos injuriosos. Tres veces ya se había cometido con él ese desacato; la primera, habíanle puesto, pintarrajeada, una cabeza de ciervo; después, una mano cuyos dedos simulaban una cornamenta; y por último, con rara insistencia, otra cabeza de ciervo.

—¡Cochinos! ¡Eso está bien!

Esta segunda exclamación, naturalmente, dirigiase al alcalde, que, en aquel instante, recordaba en su discurso lo que había hecho el pueblo de Palermo en las históricas jornadas de su gloriosa liberación.

Al terminar entre aplausos estrepitosos el discurso del alcalde, a quien Celesia, enardecido, no pudo reprimir el tributo de los suyos, comenzó la distribución de los premios.

Ocupaban el amplio balcón marmóreo del palacio municipal, el alcalde, sudoroso, los concejales, sus esposas y los mayores contribuyentes del lugar, defendiéndose del calor con sendos abaniquitos. El primero en aparecer ante la multitud, fué un joven moreno, vigoroso, de ojos vivos, guapísimo, héroe que dos veces ya había sido arrojado a las llamas de un incendio, salvando a una anciana y a un niño.

La multitud le acogió entusiásticamente.

—¡Viva Sghembri! ¡Viva Carlitos Sghembri!

No faltó quien hiciera observar que los concejales hubiesen hecho obra más útil instituyendo un cuerpo de bomberos, del que aún carecía el pueblo, nombrando jefe del mismo al bueno de Carlitos, que bien lo merecía, en vez de otorgarle aquella medalla al valor cívico, de la que en fin de cuentas no sabría qué hacer: pobre faquín del puerto, que se crujía los huesos en la

carga y descarga diaria, bajo los fardos de carbón y los panes de azufre.

—¡Eres un guapo mozo!—mormojeaba para sí Bruno Celesia, admirándole.—¡Pero ya, ya crecerás y te convertirás también en flor de canalla! ¡Viva! ¡Viva!

Y aplaudiendo como los demás, no dejaba de pasarse de vez en cuando la mano por el faldón de la levita.

Uno tras otro, presentáronse ante los vítores de la multitud para recibir su medalla los otros cuatro héroes del día.

—¡Héroes, solo de un momento!—comentaba en voz baja, entre el gentío, Celesia.—¡Pero bribones antes, bribones después, como lo es toda la humanidad asquerosa!... ¡Viva! ¡Viva!

Terminado el reparto de premios, la masa comenzó a dispersarse. Todavía vagó durante un buen rato Bruno Celesia entre la confusa gente, receloso y despreciativo. Contemplaba admirado los polícromos farolillos preparados para la iluminación de la noche, y de vez en cuando decía con una mueca.

—¡Como sople el levante!

Y alzaba los ojos al cielo amenazador que poco a poco se adensaba.

—Volvámonos a casa—dijo para sí resueltamente, en cierto instante.— En este pueblo de perros serían capaces de creer y proclamar que

si se agua la fiesta soy yo el culpable, por haber acudido a la plaza.

Descubrió muy de lejos a la mala bestia de su padre, que tantas amarguras le había ocasionado, y que quizás por tercera vez buscaba entre el gentío, en los bolsillos ajenos, la vuelta a chirona, de donde había salido hacía pocos meses... Volvió desdeñosamente las espaldas, y se apresuró a regresar a su casa.

—Dicen que las ranas—pensaba caminando—acostumbran a pasar el invierno en el fango de las acequias. Mi padre es peor: pasa en el fango de la vida las cuatro estaciones del año.

Celesia se había empeñado hasta los ojos para salvarle, la primera vez. Ahora ya no quería verle, ni de lejos. Su nombre mancillado le quemaba la frente como un estigma de fuego. «Sin embargo—había tenido su padre el valor de echarle en cara, una vez—no soy yo solo quién ha deshonrado tu hermoso apellido. Antes, deberías pensar en tu mujer, que lo enfanga públicamente, desde hace muchos años...»

Y Bruno Celesia, al oír esto, se había mordido una mano hasta hacerse sangre, por no contestar... Pero ¡ah! ¡públicamente, no! ¡Públicamente, con uno tan solo!

Si no la había matado, era porque estaba convencido de que peor que la muerte, había de ser para ella el amante, quién, tarde o temprano, la

abandonaría en medio de la calle, como se abandona un saco de inmundicias. Pero ¡quía! Hacía muchos años que vivían, felices, maridablemente, respetados además por toda la gente del pueblo. ¡Qué hermosos eran sus tres chiquillos! ¡Pobrecillos bastardos, inocentes! ¡En cambio, aquella buena mujer no pudo darle a él un hijo legítimo! De haberlo tenido, no se sentiría ahora tan solo, no envidiaría a nadie, ni aún a ellos... Después de todo, quizás era mejor así, porque ¡quién sabe qué disgustos, qué dolores no hubiese padecido!

El destino lo había dispuesto así. Sí, era el destino: ¿por qué no creer en él? ¿Qué había hecho Celesia para que le hiciesen, como hijo, como marido, como ciudadano, el blanco de todas las befas? Nada en su vida le había salido a derechas. ¿Por qué esquivaban todos su trato, como si fuera ave de mal agüero, en vez de compadecerle por sus infortunios domésticos?

Jamás se había aventurado en empresas arriesgadas; y sin embargo, de las pocas seguras que había intentado, salió siempre con daño y escarnio. Muchos se habían enriquecido en la contrata de construcción de los diques del puerto; la tomó él, y apenas unos cuantos metros de escollera contruídos, saltaron hechos pedazos. El mar que aceptaba sosegadamente, y como si fueran trozos de pan, los materiales que le echaban los

demás contratistas, rechazaba los de Bruno Celesia, dispersándolos en un embate.

—¡No, no quiero los de Bruno Celesia!

¿Podía luchar él acaso con un mónstruo como el mar?

Había quedado reducido a la pobreza extrema. Por caridad le dieron un modesto empleo de escribiente en un Banco. Pero necesitaba toda su paciencia para soportar las vejaciones. A su jefe le disgustaba su caligrafía; y a él se le venían a la lengua todos los dicterios para replicarle, porque lo que hacía su principal en el libro mayor, sí que era una porquería.

Reflexionando sobre sus desventuras, Bruno Celesia entró en su casa.

Vivía en un extremo de la ciudad, a poniente, donde la playa doblaba, bajo el muro arcilloso, para describir otra extrema y suave media luna. Las pocas casas que se alineaban allí, adosadas a las laderas, muy próximas al mar, ocultábanse a la vista de la ciudad, dispuesta en cemicírculo, en otra ensanada de la playa. Allí se respiraba paz, una gran paz, como asombrada ante el espectáculo infinito del mar.

Debió acelerar sus últimos pasos, porque la lluvia, que desde hacía algunos instantes lanzaba sus primeras gotas, iba haciéndose más densa. El mar estaba inquieto, turbio, e hinchábase cada vez más, bajo la inminente amenaza del cielo pre-

ñado de enormes nubes negras. Se abultaban las olas, chocando entre ellas, pero sin romperse todavía. Sólo una ligera espuma rabiosa, hervía un momento a cintas sobre las crestas, encrespadas aquí y allá.

—¡Va a caer de veras!—suspiró Celesia, mirando tras los cristales de su cuarto.

Poco después, en efecto, el cielo denso, obscuro, tomó el aspecto de una inmensa caverna tétrica, atónita, espantable. De momento en momento, una ráfaga estridía rápida sobre la playa y levantaba un turbión de arena. Finalmente, se desató el primer trueno, formidable, que fué como aviso de la tempestad.

Bruno Celesia cerró las contraventanas, encendió un quinqué de petróleo, y fué a sentarse ante su vieja mesa de escribir, para reanudar, según su costumbre, la lectura de un grueso libraco, donde se narraba la historia del descubrimiento de América. A cada nuevo trueno, se encogía de hombros y estiraba el cuello.

—¡Más, más fuerte! ¡Recontra!..

Acudían a su mente aquellos pobres pintados farolillos, preparados para la iluminación, y reía para su capote.

Hacía una hora que estaba leyendo, cuando le pareció oír, en el fragor incesante del mar, alaridos en la playa. Fué al balcón, abrió una contraventana... en el acto le cegó un relámpago.

¡Espectáculo tremendo! Sí, sí... allá bajo... ¿Qué había ocurrido?.. Veíase una multitud que se defendía, apenas, de las olas que aventaba el mar furibundo... Sí, sí, gritaban. ¿Qué había ocurrido?.. Cogió su sombrero y corrió a ver.

En el horrendo fragor tenebroso, temblaban, aquí y allá, en la playa, las asustadas lucecillas de las linternas, protegidas contra el viento por los mantones. Había acudido una multitud, allá abajo; hombres y mujeres, que esperaban temerosos, anhelantes, el fugaz resplandor de un relámpago para columbrar una barca asaltada furiosamente por las olas y el viento. Repetían unos, con ansiedad, que en la barca, arrancada de la playa, del otro lado del dique, donde estaba en seco, no había nadie; otros, por el contrario, juraban y perjuraban haber visto a un hombre que gesticulaba, así... E imitaban gestos desesperados. Decían los más que habían salido del puerto aquel día, directos a los baños de San León, muchos botes sin duda sorprendidos por la tempestad a su regreso.

—¡Ay, ay!—se gritó en un momento desde todas partes ante la amplia palpitación repentina de una vívida luz.

Pero de pronto, retumbó formidable un trueno y cubrió los alaridos de la multitud. En la creciente oscuridad, el estampido revolvió almas y cosas, más espantablemente que antes lo hiciera la

furia del viento y del mar. Cuando cesó de retumbar, oyéronse de nuevo las voces como perdidas, extraviadas, lejanas.

—¡Sí, sí! ¡En la barca hay un hombre que pide auxilio!

Esta vez lo habían visto todos.

—¿Es que no hay quien se atreva?—gritó Bruno Celesia.—¿Dónde están los héroes condecorados hoy?

Pero cuando mayor era el anhelo de intervenir, más faltaba el ánimo. Todos gritaban ¡auxilio! a voz herida, como si el auxilio no hubiese de ser obra de ellos. A la sarcástica llamada de Celesia, alguien, por fin, respondió entre la multitud.

—¡Yo soy uno! ¡Venga una barca!

Y abriéndose paso, casi rabiosamente, se adelantó resuelto a una nueva temeridad, Carlitos Sghembri.

Celesia, entusiasmado, le echó los brazos al cuello y le besó la frente, llorando y exclamando:

—¡Hijo de Dios! ¡Tú no! ¡No debes ir tú! ¡Venga aquí la barca! ¡Yo, iré yo!

Y comenzó a desnudarse furiosamente. Carlitos Sghembri se oponía.

—¡Yo debo ir, yo!—insistió, imponiéndose a la multitud, Bruno Celesia.—¡Nadie podrá impedírmelo! ¡Vete! ¡Tú has ganado ya tu medalla! ¡Ahora me toca a mí! ¡Dejadme, dejadme! ¡Soy

un buen nadador! ¡Mi vida no vale nada! ¡Dejadme, dejadme!

Un marino viejo trajo corriendo un salvavidas, atado a un larguísimo cable. Entretanto, otros habían arrastrado desde la playa un bote. Bruno Celesia saltó dentro, desnudo. El mar, enseguida, en una furiosa oleada, arrebató la navecilla. Se oyó un grito de horror. Envuelto en las tinieblas, Bruno Celesia había desaparecido.

—¡Afloja, afloja!—gritaron al marinero que sostenía el cable.

Más viva, más frenética, se hizo ahora la ansiedad de un nuevo relámpago. Parecía que el cielo lo hiciese adrede: solo fragor y tinieblas que ahogaban el pecho. Todos, para sustraerse de algún modo a la horrenda angustia, hubieran querido asirse al cable que se desenrollaba poco a poco, como algo vivo, al claro temblor de las luces amparadas por las ropas.

—¡Apartaos, apartaos! ¡No toquéis el cable!

Un relámpago...

—¡Ay, ay!—se oyó de nuevo.

Y repentinamente enmudecieron las voces, como engullidas en las tinieblas, que acudían cada vez más densas. Habían descubierto a Celesia cerca de la otra barca. La ansiedad aumentaba su opresión.

—¡Sí, lo salva, lo salva!

Las mujeres sollozaban, y los hombres, agita-

dos, temblorosos, en la acongojada espera, imponían silencio, como si el silencio pudiese favorecer el acto salvador.

En cierto instante, pareció que el cable, tendido por tierra, no se movía más. El marinero lo cogió y esperó un momento. Después gritó, llorando, en el colmo del júbilo.

—¡Ya tira, ya tira!

Entonces se precipitaron todos al cable, aferrándose a él, exultantes, jubilosos.

Otro relámpago...

—¡Venga! ¡Fuerza, fuerza! ¡Ya se acerca!  
¡Viva, viva!

Y poco después, Bruno Celesia abordaba la playa en su barca.

—¡Salvado, salvado! ¡Tirad un poco más!—  
dijo Celesia.—¡Aquí está, en la barca: aún respira!

¡Magnífica victoria! Pero cuando la muchedumbre reconoció al náufrago...

Aún al hombre más dispuesto y más firmemente preparado a desafiar y despreciar todas las contrariedades de la vida, el destino, burlón, se complace en crear situaciones ante las que ni siquiera le queda el recurso de una sonrisa.

Bruno Celesia había salvado al amante de su mujer.

## EL VIEJO DIOS